

## 069. La Beata María Encarnación Rosal

Una nueva santa americana, guatemalteca, que viene a desfilar ante nuestros ojos: la Madre María Encarnación Rosal, bella en el cielo de la Iglesia como la Luna de Xelajú... Porque nació en Quezaltenango para llenar de luz y de armonía nuestras Iglesias centroamericanas, así como las de Colombia y Ecuador.

Fiel discípula de San Pedro Betancur, recoge su espíritu de oración y de apostolado, para derrochar en sus escuelas y colegios las mejores esencias del Evangelio.

Una amiga hondureña va a jugar un papel decisivo en la vida de María Encarnación, que es una joven con ilusiones de vida consagrada, y que ahora exclama mientras se queda mirando unas flores artificiales:

- *¿Quién ha hecho estas flores tan bellas?*

Y la hondureña:

- *Las han hecho las Madres Betlemitas.*

La amiga ha dado el golpe certero, pues María Encarnación se queda pensativa:

- *¡Belén! ¡Belén! ¡Qué nombre tan bonito! Mi vida, como la de Jesús Niño en Belén...*

Aquí estuvo todo. Una palabra de la amiga, pronunciada sin intención alguna, iba dirigida certeramente por Dios, que se sirve de pequeñeces semejantes para abrir grandes horizontes a las almas...

La joven es de una familia estupenda, y cuando sus papás escuchan a la hija que les pide permiso para ir al convento de las Betlemitas en la Capital, la mamá responde:

- *¡Te ofrezco al Señor con todo el corazón!*

Y su hermano:

- *¡Si es necesario, te llevaré en andas a las Betlemitas!...*

No cabía otra reacción más generosa en una familia tan reciamente cristiana. Ante Dios, tanto mérito tenían la hija valiente como los padres y el hermano tan generosos.

Dentro ya del convento, María Encarnación sufre poco después una dolorosa decepción.

- *¡No! Esto no puede ser. Aquí no se hace la oración debida. Aquí hay demasiado trato con los seglares. No era así la fundación soñada por el Hermano Pedro... ¿Y si rehiciéramos todo, y volviéramos a lo que era la Institución al principio?*

No eran pensamientos inútiles ni temerarios, sino que iba en todo inspirada por Dios.

Elegida Superiora, tiene un capricho feliz, una de esas pequeñeces divinas que sólo se les ocurre a los santos. Se postra ante la imagen de la Virgen María, y pone a sus pies las llaves del convento, mientras le dice:

- *Madre, Tú eres la Superiora. Dirige Tú, como Señora y Madre, a la familia betlemita.*

Así, de manera tan sencilla, va a comenzar una grande obra.

Empiezan a llegar las dificultades, porque no todas admiten las Constituciones que redacta la Madre y aprueba el Arzobispo. Pero empiezan a llamar al convento jóvenes excelentes, atraídas por la vida tan edificante que llevan las Hermanas bajo la dirección de la Madre Encarnación.

Se propaga la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, centrada sobre todo en los dolores internos que sufrió por nosotros el Divino Salvador, e irradiada desde el convento de las Betlemitas por El Salvador, Nicaragua y Costa Rica.

Viene la fundación del colegio de Quezaltenango, y todo va viento en popa. Sin embargo, se está avecinando la tormenta. Los revolucionarios presidentes Granados y Barrios desatan una furiosa persecución contra la Iglesia. Han de salir expulsados de Guatemala los Religiosos, empezando por los Padres Jesuitas y Capuchinos.

Al fin, también las Religiosas Betlemitas han de abandonar su Colegio y con el Colegio la patria querida. La Madre María Encarnación no se rinde, se abraza generosa con la persecución, y responde:

- *¡No quiero descanso, sino la cruz!*

Pero cuando se le cierran las puertas en su Patria, recibe la invitación de García Moreno, Presidente de Ecuador: *¡Vénganse aquí, que yo las recibo con los brazos abiertos y con el cariño de un verdadero padre!...* Solamente que García Moreno va a caer presto en plena calle bajo el puñal y las balas, mientras lanza su famosa confesión de fe: *¡Dios no muere!*

Se han cerrado por ahora las puertas de Ecuador. Pero se abren las de Costa Rica:

- *¡Que vengan, que vengan a Cartago! ¡Dios lo quiere!...*

Así se lo expresan a la Madre María Encarnación en una carta. Y, como en Cartago, también en Heredia. Hasta que han de salir de Costa Rica, expulsadas por el Presidente Próspero Fernández y entre las lágrimas de todo el pueblo.

No importa. Dios abre otros caminos. El paso por Panamá está rodeado de inmenso cariño. Llegan a Colombia. Y después de Colombia se establecerán en Ecuador, donde morirá la Madre envuelta en fama de gran santidad.

Sus restos, después de muchas peripecias, descansarán al fin en la ciudad de Pasto, Colombia, regida entonces por el Obispo San Ezequiel Moreno, gran admirador de la Madre María Encarnación.

Esta santa centroamericana, orgullo de Guatemala, encarna las virtudes más genuinas de nuestras tierras benditas, donde la fe cristiana y católica es capaz de producir santos y apóstoles que podemos presentar jubilosos a la veneración de toda la Iglesia.